



Capítulo 3



FRANQUEANDO FRONTERAS

GARCILASO DE LA VEGA Y *LA FLORIDA DEL INCA*

Edición, introducción y cronología de
RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial

Franqueando fronteras: Garcilaso de la Vega y *La Florida del Inca*
Primera edición: septiembre de 2006

© Raquel Chang-Rodríguez, 2006

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006
Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú
Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411
Fax: (51 1) 330-7405
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Imagen de la cubierta: *El cacique timucuario Athore y el capitán francés René de Laudonnière conversan cerca de la desembocadura del río San Juan. En Jacques Le Moyne. Brevis narratio eorum quæ in Florida Americæ Provincia (Fráncfort: Theodore de Bry, 1591).*

Imagen de la contracubierta: *Sección del mapa de Freducci (1515-1519) que muestra la parte peninsular de La Florida, al norte de Cuba y La Española.*

Diseño de cubierta: Edgard Thays

Diagramación de interiores: Juan Carlos García M.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN 9972-42-776-5

Hecho el depósito legal 2006-4763 en la Biblioteca Nacional del Perú

Registro del proyecto editorial en la Biblioteca Nacional del Perú: 11501010600569

Impreso en el Perú - Printed in Peru

*Proyectando distancias poéticas en personas y lugares reales**

PATRICIA GALLOWAY

University of Texas at Austin

Durante cuatrocientos cincuenta años la ruta que siguió Hernando de Soto a través del sudeste de Norteamérica ha despertado el interés tanto de colonizadores y académicos como de corredores de bienes raíces. Se han gastado enormes cantidades de tinta argumentando a favor de una u otra ruta. Sin embargo, durante unos cuatrocientos años, los esfuerzos más serios por reconstruirla contaban con una sola fuente, las crónicas de la expedición de De Soto escritas por dos o más de un total de cuatro autores: Hernández de Biedma, el contador de la expedición (1544); un desconocido hidalgo de Elvas (1557); el Inca Garcilaso de la Vega (1605); Rodrigo Rangel, el secretario de Hernando de Soto, cuyo relato contó al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y se publicó por primera vez en el siglo XIX. Existe una vasta literatura moderna —a la cual se suma evidencia arqueológica y de otros tipos— que explica de qué manera cada una de estas fuentes utilizó los nombres de los lugares, las distancias y las direcciones para establecer la ruta.¹ Los esfuerzos más recientes, sin embargo, no constituyen mi preocupación principal. Más me interesa el problema de la construcción y la transmisión del conocimiento: cómo y por qué la ruta fue reconstruida en una época en la que existían razones muy diferentes para preguntarse por dónde había pasado De Soto. Me propongo mostrar que, en particular, la crónica del Inca Garcilaso —irónicamente considerada imprecisa en lo que respecta a la geografía y a otros muchos aspectos— ha tenido, durante más de trescientos años, una marcada —aunque poco reconocida— influencia en las ideas acerca de esta ruta. Y por todo ello brinda un intertexto de una extendida y significativa duración para escribir acerca de la expedición de De Soto.

* Traducción de Jorge Bayona Matsuda.

¹ Las investigaciones de largo aliento de Charles Hudson, animadas por el 450 aniversario de la expedición, representan ahora la visión dominante, y se detallan en su *Knights of Spain, Warriors of the Sun* (1997).

Trazando mapas: una metodología

El conocimiento referido a la ruta que siguió Hernando de Soto se hizo más importante cuando se comenzó a estudiar su itinerario, lo cual contribuyó a que se trazaran los mapas de la zona explorada durante la expedición. Poco después del regreso de los sobrevivientes a España, se inició la empresa de reunir testimonios orales y escritos —algunos de los últimos perdidos hasta hoy día— con el propósito de incorporarlos al *patrón general* de la Casa de Contratación, probablemente representado por el mapa de Alonso de Santa Cruz fechado en 1544 (véase Boston 1941: 236-250). Pero el esfuerzo cartográfico de la Casa de Contratación se centró en la *costa* más que en el interior, pues su principal interés era la navegación. La representación cartográfica del interior no intentó trazar la ruta misma de la expedición; solamente aprovechó los nombres de los pueblos nativos, colocándolos de manera vagamente organizada (véase Galloway 1995: 212-215). Al comparar los nombres registrados en ese mapa con los que aparecen en las crónicas escritas se concluye que el cartógrafo debió de haberse nutrido de fuentes orales o escritas no enteramente representadas en las crónicas impresas, fuentes que tal vez aparecían en un diario perdido o en los apuntes sobre los que se basó el informe oficial de Biedma (Delanglez 1945: 61-64). Los mapas impresos derivados del de Alonso de Santa Cruz tampoco hicieron mayor esfuerzo por trazar la ruta. En efecto, no fueron los españoles quienes se empeñaron en dibujar el mapa del interior profundo; lo hicieron los cartógrafos franceses, quienes constituyeron una de las principales columnas de la segunda ola de expansión imperial europea en el siglo xvii y el temprano siglo xviii.

Hoy en día es familiar el concepto de que los mapas eran herramientas del imperio europeo, interesado en poner nombres a las partes de la Tierra con el fin de sujetarlas a su disciplina, de la misma manera que la anatomía lo hace con el cuerpo humano (Gould y Bailly 1995). La Francia del siglo xvii fue un centro de innovación cartográfica en el que era posible llevar a cabo esta tarea. Pero si bien el trazado de Norteamérica que realizaron los franceses a comienzos del siglo xvii es relativamente conocido, ha sido escaso el estudio crítico acerca del *método* que estaba detrás de esa labor.² Probablemente ello se deba al contraste entre la cartografía desarrollada en Europa y la llevada a cabo en Norteamérica: mientras en Francia se hacían planes para enviar por todo el país a partidas encargadas de realizar mediciones sistemáticas, era imposible hacer lo mismo en la Norteamérica francesa, especialmente antes de mediados del siglo xviii. Los cartógrafos que representaban a la distancia territorios de

² Josef Konvitz (1987) ha detallado parte de ese desarrollo para el siglo xviii en Europa. Este autor, sin embargo, omitió mayormente referirse al trazado de mapas en América, tarea que carecía de las posibilidades para incorporar mediciones directas como las iniciadas por Jean-Dominique Cassini a fines de la década de 1660. El más influyente estudio estadounidense sobre mapas relevante para nuestro tema, el indispensable *The Southeast in Early Maps* de William P. Cumming (1962), incluye muy pocos mapas franceses; la tercera edición (1998) ha sido ampliada y mejorada por Louis DeVorse. El trabajo de Monique Pelletier (2002) ha mejorado el enfoque sobre la práctica cartográfica; el reciente estudio de Nelson-Martin Dawson —*L'Atelier Delisle: L'Amérique du Nord sur la table à dessin* (2000)— aporta mucho al contexto francés del trabajo.

ultramar también estuvieron limitados por la incapacidad de hacer mediciones precisas de longitud, y esta situación se prolongó hasta el siglo XIX. Para realizar su labor dependían de informantes con habilidades dispares y que incluso provenían de comunidades cuyos marcos de referencia de comprensión geográfica resultaban incompatibles —marineros para las costas, y exploradores, comerciantes y aliados nativos para el interior—; la mayor parte de estas personas no suministraba mediciones u observaciones celestes adecuadas para establecer puntos de medición fijos y confiables. A los cartógrafos que trabajaban desde lejos con esta información a veces se los tildaba de ser observadores «de escritorio» y se decía que su trabajo se basaba tanto en datos concretos como en la especulación. En suma, generalmente se concluyó que esa cartografía no se basaba en ningún método, porque para tener seguridad en la representación siempre es necesario hacer mediciones in situ.

Sin embargo, sorprendentemente, algunos cartógrafos de fines del siglo XVII concibieron métodos que permitieron reconstruir con precisión la geografía; una vez que lo lograban, la importancia que alcanzaba su trabajo no dejaba traslucir la precariedad de la información en la cual se habían basado. Tenemos que buscar la clave de este logro en la combinación de varios factores. Entre estos destaca la creciente sofisticación en el diseño de mapas basados en evidencia heterogénea y una tecnología de imprenta capaz de reproducir aquellos mapas y, en un sentido, fijar la evidencia recopilada y observarla como un todo. A esto se suma el surgimiento de un negocio cartográfico que hacía circular esos mapas impresos y, asimismo, el efecto paralelo que tenía la distribución de los textos narrativos también impresos.

El immutable and combinable mobile de Latour

En 1987, un estudioso de la sociología de la ciencia, Bruno Latour, introdujo un concepto que nos puede ayudar a entender tanto las relaciones intertextuales entre las narrativas, las entrevistas y los mapas que fundamentan este proyecto cartográfico como la forma en que estos productos ejercían su influencia como paquetes unificados de información. Este concepto es el *immutable and combinable mobile*, definido como un objeto de papel *impreso*, duradero y de fácil distribución, y que contiene una suma de información —las tablas astronómicas confeccionadas por Tycho Brahe fueron el modelo de Latour—. ³ De esta manera, muchas personas que están en lugares diferentes pueden acceder simultáneamente a la misma información; el hecho de que un amplio conjunto de mentes actúe sobre la misma información acrecienta su importancia como una recopilación fija (véase Latour 1987). ⁴ Tal objeto es

³ Esta conexión es de extrema relevancia, ya que las tablas astronómicas de Brahe tuvieron influencia sobre los científicos Picard y Cassini, quienes, a su vez, entrenaron a Guillaume Delisle y perfeccionaron el método de triangulación utilizado para la medición geodésica que Delisle adaptaría (véase Konvitz 1987: 4-5).

⁴ Aunque la reconstrucción hecha por Latour del proceso que siguió Tycho Brahe para elaborar las mencionadas tablas resultó errónea, el principio de su argumento sigue siendo válido (véase Gorman 2001). Latour desarrolló el concepto enfocando su atención en objetos impresos, antes de que el uso comunicativo masivo de la Internet cambiara el significado del concepto de publicación.

inmutable porque todas las copias son iguales, pues han sido impresas y fijadas en una forma material; y es *móvil* y *combinable* porque es portátil y puede ser dispuesto arbitrariamente junto con otros objetos, en grupos aditivos o comparativos. Los mapas impresos son el ejemplo por excelencia de este tipo de paquete de información; también lo son las historias impresas, como la de Garcilaso. Pero el poder de los mapas se diferencia del de los textos porque, aparentemente, los primeros no solo ofrecen más información por centímetro cuadrado, sino también poseen otra característica: cuando los datos que los constituyen se disponen en forma gráfica, solo se pueden traducir parcialmente a otra forma discursiva, razón por la cual la información que aportan tiende a mantenerse unida. Finalmente, cuando se hace referencia al *immutable mobile* y este es usado por más de una comunidad de práctica —en nuestro caso, geógrafos, exploradores, políticos, etnógrafos y población nativa—, puede convertirse en un «objeto límite», es decir, un objeto que, en sí mismo, es capaz de servir como una especie de mediador cultural entre distintos universos de discurso, comunicando eficazmente los descubrimientos de una comunidad de práctica a otra.

He señalado que en lo que se refiere a información detallada del interior de Norteamérica, en el siglo XVII los cartógrafos dependían de la evidencia textual. Durante los doscientos años posteriores a la expedición de De Soto, todos se veían obligados a depender solamente de dos crónicas editadas —ni la relación de Biedma ni la relación de Rangel (recogida por Oviedo) estaban disponibles—, que, al ser publicadas, también se volvieron *immutable mobiles*: la del hidalgo de Elvas, publicada en 1557 en portugués, y la de Garcilaso de la Vega, publicada en 1605 en castellano. Esta última crónica, sin embargo, también estaba disponible en otras versiones, a veces más influyentes que la original: *La Florida* de Garcilaso fue resumida por Herrera en castellano; el resumen fue adaptado por Jean de Laet al holandés y, sobre la base de este texto, se hizo una traducción al francés. También existió una traducción condensada al francés que realizó el lexicógrafo César-Pierre Richelet en 1670. Ambas versiones francesas fueron aprovechadas por los cartógrafos galos más influyentes de comienzos del siglo XVIII, Claude Delisle y su hijo Guillaume, quienes probablemente no leían bien el castellano.⁵ También los Delisle aprovecharon la crónica del hidalgo de Elvas en la traducción de Samuel de Broë, *sieur* de Citry (Hidalgo de Elvas 1685).

La familia Delisle y su influencia

Claude Delisle era un historiador y geógrafo parisino que, junto con sus hijos Guillaume, Joseph-Nicolas y Louis, fundó la empresa cartográfica francesa más importante de los siglos

⁵ *Historia general*, de Antonio de Herrera (1615), se tradujo en 1622 y los Delisle la usaron para realizar un boceto de la Nueva España (véase Pelletier 2002). También utilizaron los textos de Laet (1640) y, en versión traducida, los de Garcilaso de la Vega (1670). Es verdad que Guillaume Delisle copió algunos pasajes de las fuentes españolas (véase Dawson 2000: 160), pero no cuando había una traducción francesa disponible.

XVII y XVIII. Sus primeros trabajos, desarrollados antes de que comenzara el siglo XVIII, incluían la adopción del concepto de cuadrícula de meridianos y la comprensión de los principios de encadenamiento triangular para medir meridianos precisos, tal como fueron desarrollados por las nuevas técnicas para la medición en Francia durante las décadas de 1680 y 1690. Este método permitió a los topógrafos realizar mediciones físicas solamente al comienzo y al final del meridiano, dependiendo de la medición de los ángulos, lo que a su vez les daba la posibilidad de calcular la longitud de los lados de una serie de triángulos conectados, ora anclados en accidentes naturales, ora en torres de medición levantadas con este propósito.

En un inicio, los Delisle contaban solo con las distancias disponibles en los *immutable mobiles* a los que tenían acceso, principalmente textos y mapas impresos. Nicolas Sanson, un editor de mapas nombrado por la Corona y a quien para facilitarle su labor se le proveía de todas las crónicas narrativas de los exploradores y de mapas, les precedió en el uso sistemático de textos (Konvitz 1987: 2).⁶ Pero a diferencia de Sanson, quien trabajaba en una escala muy reducida, no revisaba con frecuencia su labor y dependía de sistemas fluviales articulados especulativamente, los Delisle tomaron una senda mucho más crítica. Realizaron una mejor evaluación de ambos tipos de fuentes históricas —las crónicas y los mapas— y aplicaron las técnicas de cartografía científica que Cassini desarrollaba para las mediciones directas en Francia. Es pertinente informar que Cassini fue amigo de Claude, y le enseñó matemáticas y cartografía a su hijo Guillaume; fue, además, el mentor de este último como miembro de la Académie Royale des Sciences.

Claude y Guillaume Delisle comenzaron a trabajar en un mapa de Norteamérica a fines del siglo XVII, a medida que las exploraciones de La Salle y otros empezaron a atraer la atención de Francia hacia el río Misisipi; las naciones europeas interesadas todavía no comprendían cómo era el curso hacia el sur de este río. La práctica que desarrollaron los Delisle consistió en establecer un boceto general de la región para que sirviera como plantilla, y luego lo copiaban varias veces para incluir información distinta. Contaban con los mapas editados por Sanson y Franquelin —ya *immutable mobiles*—; y se basaron en ellos para bosquejar los contornos de la zona y algunos rasgos distintivos del interior que parecían estar bien establecidos. Tomaron las escalas de estos mapas para, sobre ellas, encajar la información nueva. Entonces, proyectaban sobre el mapa base un boceto con las características mencionadas en la fuente que estuvieran explorando. Para realizar estos bocetos no usaron solamente las distancias recorridas y atestiguadas, sino también las *reportadas*, atribuidas a fuentes tales como los informantes nativos.

⁶ Dawson (2000: 24) sugiere que los Delisle adoptaron el método de Sanson para el uso de evidencia textual, pero Monique Pelletier (2002) argumenta que ellos desarrollaron mucho más este método. Ambos coinciden en señalar que la aproximación de los Delisle era más crítica y comparativa.

Este procedimiento resultó innovador cuando los Delisle aplicaron el encadenamiento triangular y otras técnicas trigonométricas a rasgos geográficos que aparecían descritos solo en textos. Al aplicar estos métodos a las distancias obtenidas de la lectura de los textos, ancladas en unos cuantos puntos de referencia identificados por anteriores cartógrafos de Norteamérica y por los exploradores que regresaban, los Delisle pudieron precisar puntos que, de otra manera, no habrían podido determinar. En efecto, si hubieran dependido de las distancias señaladas por una sola fuente, se habrían quedado con una amplia gama de posibles ubicaciones.⁷ Así, por ejemplo, los Delisle crearon una serie de bocetos de la región de los Grandes Lagos basándose en una única plantilla en la que plasmaban las observaciones e informes que aparecían en los sucesivos segmentos de las *Relaciones jesuitas* (véase Dawson 2000: 185-230). Estos bocetos de mapas eran recopilaciones de conocimiento verdaderamente únicas; solo los Delisle tenían acceso a esta información, que en la época constituía un secreto profesional y se plasmaba en los «cuadernos de trabajo» que ellos empleaban en la producción de mapas muy valiosos para su empresa.⁸

En cuanto a nuestro tema, sobre la base de las crónicas españolas, particularmente las referidas a la expedición de De Soto, los Delisle elaboraron varios bocetos para el valle del Misisipi y el sudeste de Norteamérica. Dos bocetos son de particular interés, ya que representan los primeros esfuerzos de los Delisle por trazar el mapa del interior, tal como lo vio la expedición. Uno representa la región al este del Misisipi, mientras que el otro, el valle del Misisipi y el oeste trans-Misisipi. A pesar de que Joseph-Nicolas Delisle señaló erróneamente que estos dos bocetos se habían basado en la obra de Garcilaso, en realidad se fundamentaron en la crónica del hidalgo de Elvas —en la traducción de Citry— y reflejaron las distancias, las direcciones y los nombres registrados en ese documento (Delanglez 1943: 281-282). Esto no resulta sorprendente ya que, como observó Barbara Boston en 1939, los cartógrafos habían aprovechado la crónica del hidalgo de Elvas desde su publicación en 1557, y por ende, esta tenía una ventaja de muchos años sobre la crónica de Garcilaso (Boston 1939: 278). Pero los Delisle se decepcionaron de los datos sobre dirección y distancia tomados de la relación de Elvas, y los bocetos muestran el porqué.

Relaciones españolas y mapas franceses

El primero de estos mapas (Ilustración 1) representa a Cuba y Norteamérica al este del río Misisipi, y llega, hacia el norte, a una línea de montañas que, aparentemente, representa

⁷ Para conocer cómo se hizo la medición de Francia, el método de encadenamiento triangular y la relación de los Delisle con este esfuerzo, véase el trabajo de Brown (1949, cap. IX); y para detalles acerca del planteamiento científico de esta operación, el de Konvitz (1987: 2-3).

⁸ La historia de la cartografía francesa de los siglos XVII y XVIII se articula por medio de cadenas de matrimonios dinásticos; así, sus *fonds* cartográficos, cuadernos de trabajo y materiales manuscritos se transmitían a través de relaciones familiares.

los Apalaches. Originalmente el mapa solo fue descrito por Guillaume como «Route du voyage de Fernand Soto en Floride en 1539 jusqu'en 1543», a lo que Joseph-Nicolas agregó, probablemente mientras ordenaba los mapas de la compañía después de la muerte de su hermano, la atribución al Inca Garcilaso.⁹ Este error, sin embargo, nos muestra que en el negocio de los Delisle, la crónica de Garcilaso era considerada fidedigna, y tal vez indique que Joseph-Nicolas estaba al tanto de que su hermano había decidido apoyarse en el Inca en lugar de hacerlo en el hidalgo de Elvas —Joseph-Nicolas no tenía conocimiento particular de Norteamérica porque se había especializado en Rusia y el Oriente—. ¹⁰

El mapa presenta las características de los bocetos de Delisle, en tanto tiene puntos con nombres conectados por líneas sin interrupción que representan distancias y direcciones que aparecen explícitamente en la narrativa de Elvas. Junto a las representaciones gráficas se registran nombres de lugares, medidas de distancia y breves citas textuales de la traducción de Elvas hecha por Citry. Todos estos elementos están escritos con tinta; también aparecen bosquejos de ríos a partir de la costa atlántica que, de manera especulativa, han sido dibujados con lápiz y han sido marcados con tinta solamente en los puntos en que la ruta indica el cruce de un río por los expedicionarios. En el lado derecho del mapa hay una escala que da cuenta de las distancias entre las líneas. También se pueden observar algunas anotaciones matemáticas en la zona del océano Atlántico, que muestran cómo fueron calculadas las distancias. No todas las líneas dibujadas con tinta representan la ruta que tomó la expedición; en unos cuantos casos representan distancias *reportadas* por informantes nativos. Basándose en estas distancias, los Delisle realizaron las cruciales triangulaciones que les permitieron precisar la información que tenían de los caminos directamente observados por

⁹ «[...] tirée à ce que je crois de l'— de cette expedition ecrite par l'Inca Garcilasso de la Vega sur les memoires d'une personne qui a été dans l'expedition de Soto; premiere carte; 14.200». Véase el artículo de Boston (1939: 289). Evidentemente, Boston no vio el segundo mapa con la información de Elvas para el trans-Misisipi, ya que no lo menciona.

¹⁰ La numeración que Joseph-Nicolas aplicó a la colección cuando la ordenó fue alterada muchas veces. Esta historia es asombrosa en sí misma, y merece ser considerada por la manera en que refleja varias y sorprendentes vías a través de las cuales estos mapas *manuscritos* ejercieron influencia, a medida en que se convertían en aparentes *immutable mobiles* de distribución cada vez más amplia debido a la tecnología moderna de reprografía. En primer lugar, refleja una reenumeración y reorganización de los *fonds* Delisle en Francia. El número original asignado en los Archives Nationales (AN) al parecer era AN 192-1, 11; este número se ha mantenido en la Karpinski Collection of Photostats de la biblioteca Newberry. Posteriormente, el mapa se clasificó en las «petites archives» de la AN, serie Marine 6JJ, portafolio 75², número 231C, que es el número que aparece al reverso de la copia fotográfica obtenida de la AN y que, aparentemente, por ello es el número actual. Según parece, se les asignaron nuevos números —aunque relacionados— a las copias de los mapas entregadas al gobierno canadiense antes de la Segunda Guerra Mundial. Según una copia fotostática observada en Ottawa y según mi propia observación, en la colección Newberry Ayer se le clasifica como AN, JJ, 75-231. Esta confusión de números solamente puede ser resuelta cuando se examina el mapa al que se refieren; claro, eso depende de si uno tiene acceso al original o a una copia moderna. Como nota archivística, tal vez se pueda indicar que cuando un original único se convierte en *immutable mobile* como resultado de las copias, es vital que su código único sea conservado.

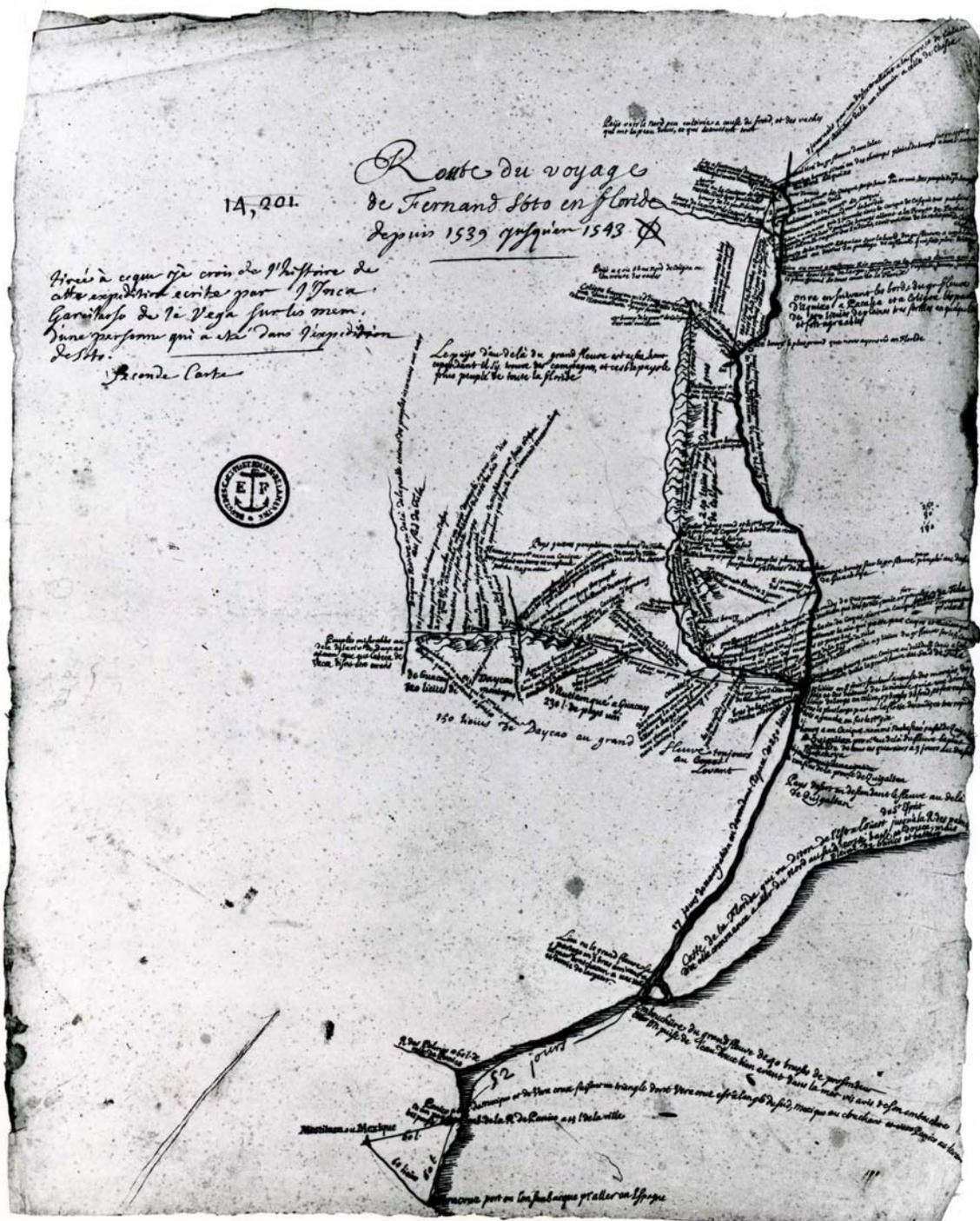
los expedicionarios. Cuando se encontraban con distancias verosímiles, usaban las propiedades geométricas de los polígonos resultantes y de esta manera calculaban distancias menos precisas.

La ruta de De Soto

Al examinar el mapa 1, resulta muy claro que, al inicio, los Delisle cometieron un error fundamental: asumieron que De Soto había desembarcado en la costa norte del golfo de México en lugar de hacerlo en la costa oeste de la península de Florida. Parece que esta interpretación se basó en la distancia de 430 leguas que tenían que acomodar desde la zona Anhayca-Ochese hasta Cofitachiqui, ubicada al noreste en algún lugar próximo a la costa Atlántica. En la Francia del siglo XVIII, la legua legal (*lieue*) se definía como 2.000 *toises* o 2 *milles* —2,4 millas—; sin embargo, la legua corta española de la era de De Soto era un poco más larga: 2,6 millas. Por ello los Delisle creyeron, basándose en el testimonio de Elvas, que la distancia en discusión era alrededor de 1.041 millas, cuando en realidad solo representaba alrededor de 600 millas. Desde Cofitachiqui, la ruta, tal como está trazada en el boceto, sigue una serie de caminos angulares. Algunos se definen en leguas; otros, solamente en días de camino. La apariencia angular se explica por el uso de estimados de distancia adicionales, establecidos con el fin de crear los polígonos necesarios para precisar puntos cuya ubicación se conocía solamente de manera relativa a través de la indicación de direcciones y días de viaje. Este método de triangulación aproximado permitió a los Delisle usar unos pocos puntos fijos para trazar la ruta hacia el norte, el oeste y el sudoeste hasta el cruce del Misisipi en Quizquiz.

El segundo mapa (Ilustración 2) prosigue desde este punto. Nuevamente, Joseph-Nicolas se equivoca al especificar la fuente, diciendo que este es el segundo mapa basado en los textos de Garcilaso.¹¹ El trazado del río Misisipi se basa en mapas de fines de la década de 1680 hechos por cartógrafos franceses como Sanson y Coronelli —quienes, a su vez, dependieron de informes como el de La Salle, que pagó su error con su vida—, que creían que la boca del Misisipi se encontraba en el lejano sudoeste, sobre la costa de Texas. Para los Delisle, las distancias señaladas por el hidalgo de Elvas, efectivamente, encajaban en esta figura; tal vez incluso la reforzaban. En este mapa, las distancias de Elvas fueron trazadas —aparentemente según la escala del primer mapa— mostrando dos viajes a través del Misisipi: el que realizó De Soto en busca de riquezas, río abajo hasta la desembocadura del Red River y las tierras de los guachoya y su peligroso vecino del sudeste, Quigualtanqui; y el viaje hacia el oeste, dirigido por el capitán Luis de Moscoso después de la muerte de De Soto.

¹¹ Joseph-Nicolas lo numeró 14, 201; los otros números, otorgados mediante el mismo proceso que el primer mapa, son respectivamente AN 192-1, 14; Marine 6JJ, *porfeuille* 75², 231B; y AN, JJ, 75-231.



2. Delisle, Route du voyage de Fernand Soto en 1539 jusqu'en 1543 (trazado del oeste).
Archives Nationales, Archives de la Marine 6JJ 75², pièce 231C.
Cortesia del Centre Historique des Archives Nationales, Paris.

Otros dos bosquejos de Delisle resultan más importantes que los anteriores pues parecen reflejar de forma parcial la información de Garcilaso. Estos mapas constituyen, aparentemente, el segundo esfuerzo por trazar la ruta de De Soto, si es que se puede creer en el sistema de numeración de Joseph-Nicolas. El primero se titula *Virginie ou Nouvelle Suede* (Ilustración 3) y solamente muestra una porción de la ruta.¹² Cubre la península de la Florida y la costa atlántica, con una detallada escala de conversión entre leguas españolas, francesas e inglesas. Ofrece una ruta alterna para la expedición de De Soto, que parte de la costa occidental de la península de la Florida y avanza hacia el oeste una corta distancia, antes de voltear hacia el este en dirección a Talomeco, muy cerca de donde se encontraba la población inglesa de Charles Town, denominada Charlesfort por los franceses, quienes la bautizaron así en el siglo XVI en honor de Carlos IX y en apoyo de sus reclamos. El mapa también incluye observaciones de fuentes inglesas. Este bosquejo de la ruta cubre mucho menos que los otros; es importante, sin embargo, que añada una nueva zona de desembarco y establezca el punto más oriental que alcanzó la ruta de De Soto.

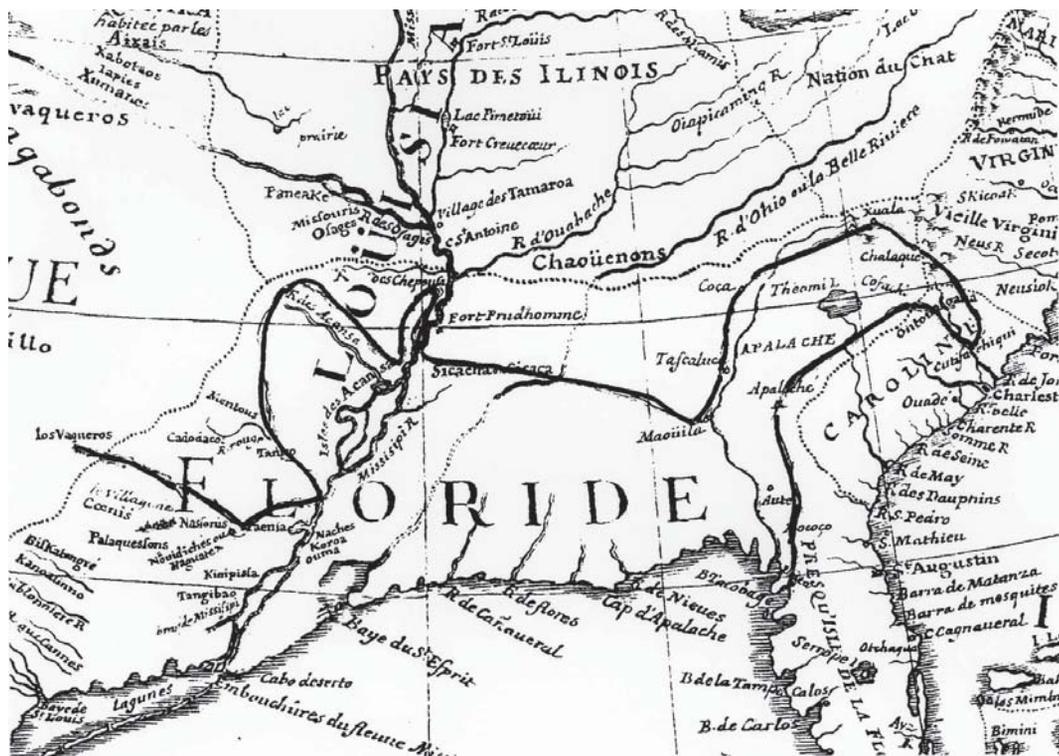
El segundo bosquejo que contiene información de Garcilaso (Ilustración 4) no lleva título aparte de la descripción: «Route du voyage de Fernand Soto en Floride en 1539-1543 raportée par Laet...». Se basó en las descripciones de la expedición que contiene el compendio de Laet; a su vez, este recogió el contenido de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano* (1601-1615) de Antonio de Herrera, el cronista oficial de Indias, que incluía un resumen de la crónica de Garcilaso ya traducida por Laet.¹³ Esta ruta también muestra a la expedición desembarcando en la costa norte del golfo de México y dirigiéndose sobre todo hacia el norte, después al oeste hasta el «Grande Rivière», y de ahí explorando hacia el oeste y, eventualmente, bajando por el río Misisipi hasta México. Esta representación de los datos proporcionados por Garcilaso muestra que los Delisle también aplicaban el método geométrico a este tipo de información, y así combinaron los escasos estimados de distancia señalados en la crónica con las distancias reportadas explícitamente por los viajeros.

Los cuatro mapas a los que nos hemos referido muestran el método que los Delisle aplicaban para tratar la información textual, pero no fueron las últimas representaciones que trazarían la ruta de De Soto. Aunque no hay certeza acerca de cuándo fueron trazados estos cuatro mapas, sí queda claro que corresponden a un periodo anterior a 1696, ya que en ese año se dibujó un mapa de la mayor parte de Norteamérica (*Marine* 6JJ 75¹, *pièce* 130), seguido por otro en 1700 (*Marine* 6JJ 75¹, *pièce* 128²).¹⁴ Ambos son más detallados que los anteriormente vistos y representan la ruta de De Soto. Estos mapas se relacionan con un tercer mapa que no se refiere a esa ruta (*Marine* 6JJ 75¹, *pièce* 128¹); los tres, sin embargo, muestran

¹² El número asignado por Delisle es 14, 192; AN 192-1, 20.

¹³ El número asignado por Delisle es 14, 202; AN 192-1, 12. Véase Delanglez 1945: 82.

¹⁴ Pelletier (2002) fecha el 128² en 1700 por analogía con un mapa fechado anteriormente.



5. Delisle, sin título 1696. Archives Nationales, Archives de la Marine 6JJ 75¹, pièce 1282. Cortesía del Centre Historique des Archives Nationales, París. Pelletier (2002, imagen 4).

un enorme «Mar del Oeste» que se extiende desde California hasta Kansas, y representan al río Misisipi como lo hizo Coronelli en 1688: extendiéndose al oeste, hacia una desembocadura en la costa de Texas.¹⁵ Ambas *pièces*, 128¹ y 128², consignan la temprana nomenclatura española para los ríos en la costa norte del golfo de México; 128² (Ilustración 5) incluye una versión muy simplificada de la información de Garcilaso desarrollada a partir del resumen de Laet. Estos mapas también están claramente relacionados con el mapa de *Nouvelle Suede*: comparten su nomenclatura para la península de la Florida y su punto de desembarco. Pero el segundo mapa de la ruta, fechado certeramente por su *cartouche* 1696, *pièce* 130 (Ilustración 6), fue más allá e incluyó los nombres asignados por Garcilaso a las provincias principales y los pueblos de la ruta. Este segundo mapa también fija la ruta entre el Misisipi y la costa atlántica de manera más racional; particularmente, toma en cuenta la observación del autor cuzqueño acerca de la corta distancia —treinta leguas— entre Mabila y el puerto de Ochusi,

¹⁵ Dawson (2000: 118-132) sugiere que estos tres mapas, que siempre incluían el supuesto «Mar del Oeste», fueron elaborados, por lo menos en parte, con el propósito de incentivar una mayor exploración francesa hacia esta dirección.



6. Delisle, *Carte de la Nouvelle France et des Pays Voisins*, 1696. Archives Nationales, Archives de la Marine 6JJ 75¹, pièce 130. Reproducción cortesía del Centre Historique des Archives Nationales, París. Pelletier (2002, imagen 3).

en la costa del golfo. Según Garcilaso, este factor fue importante en la decisión de De Soto de dirigirse hacia el norte para evitar la desertión de sus hombres. Estos mapas más formales también se convirtieron en mapas políticos, pues distinguían Virginia y Carolina y separaban la peninsular «Presqu'isle de la Floride» de La Florida, de tanto interés para los franceses de la época; igualmente, llama la atención que la ruta de De Soto trazada en estos mapas figure casi del todo en la parte no peninsular de La Florida.

El importantísimo mapa de Delisle de 1703 reunió el nuevo conocimiento del Misisipi, derivado de los viajes de Iberville de 1699 y 1700, y ofreció una visión de toda Norteamérica considerablemente mejorada. Sin embargo, no hizo ninguna representación de la ruta de De Soto, aun cuando incluía algunos nombres de pueblos tomados de la crónica de Garcilaso.¹⁶ Jean Delanglez encontró y estudió un documento escrito por Claude que detalla todas las fuentes materiales

¹⁶ Delisle, Guillaume. «Carte du Mexique et de la Floride des Terres Angloises et les Isles Antilles du Cours et des Environs de la Rivière Mississipi Dressée sur un grand nombre de mémoires principalement sur ceux de Mrs s'Iberville et le Sueur Par Guillaum De l'Isle Géographe de l'Académie Royale des Sciences».

reunidas por los Delisle para crear este mapa, incluyendo los mapas ya comentados y las crónicas de Garcilaso y Elvas en las traducciones mencionadas (Delanglez 1943).¹⁷

Los Delisle y el mapa de La Florida de 1718

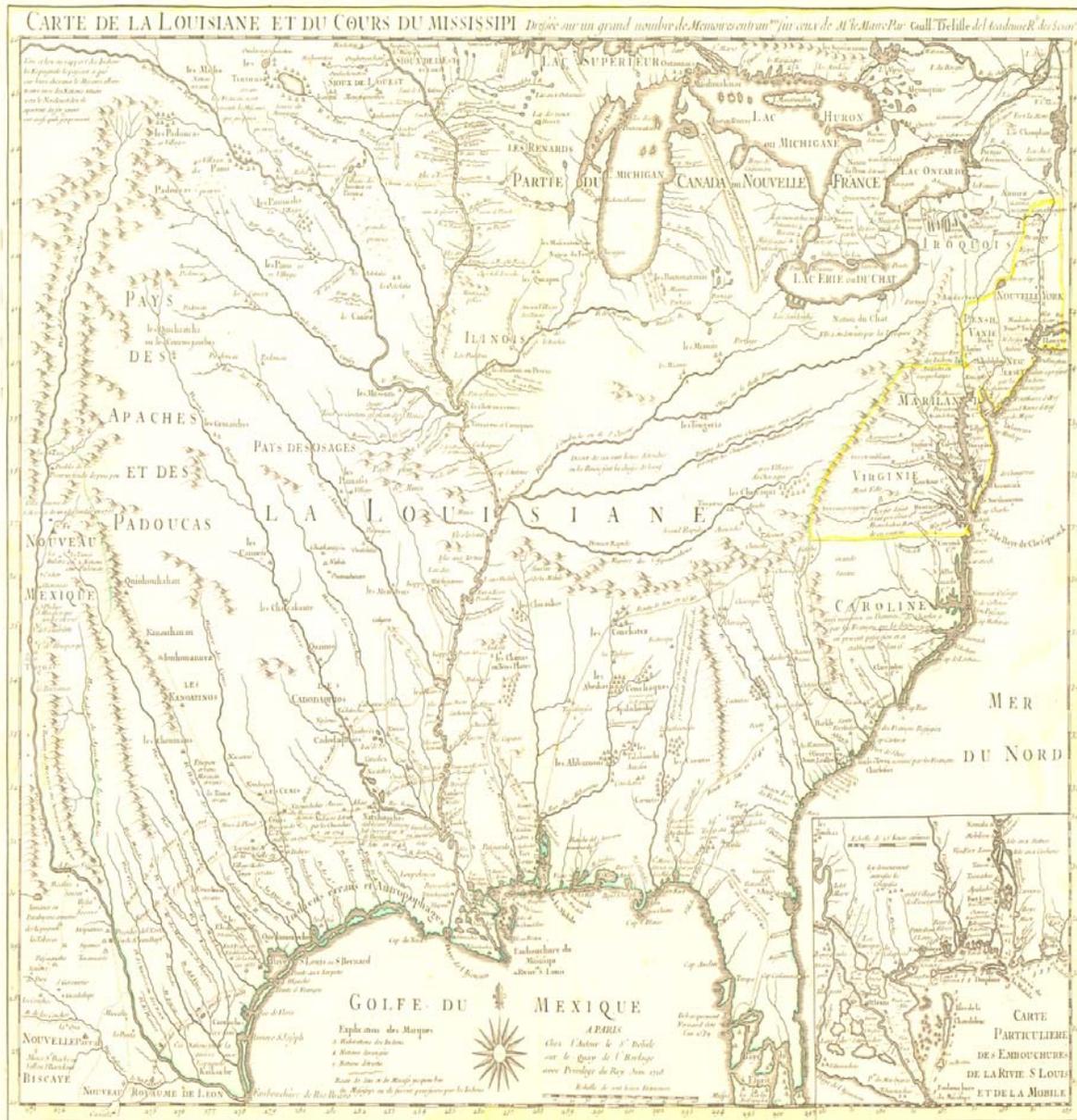
La representación definitiva de la ruta de De Soto hecha por los Delisle tuvo que esperar un siguiente paso en el trazado de Norteamérica: el mapa de 1718.¹⁸ Sabemos mucho menos sobre este mapa de parte de los Delisle, pues no existe un inventario de fuentes comparable con este mapa. Sin embargo, evidentemente los Delisle aún tenían a la mano los materiales reunidos para elaborar el mapa de 1703; también conocemos las exploraciones realizadas por los franceses desde 1703 hasta 1718 —y tenemos noticias de los grupos nativos con los cuales entablaron alianzas—, de quienes los Delisle podrían haber obtenido información. Además, contamos con varios mapas manuscritos elaborados por el padre Le Maire, misionero citado como autor de una memoria entre «un gran número» de estas que fueron empleadas como fuentes.¹⁹

Resulta interesante observar, sin embargo, que si bien los mapas de Le Maire resaltan lo que se conocía como el «camino inglés superior» —una ruta ya trazada en los dibujos y placas no publicados de Delisle desde aproximadamente 1701, extendida hacia el oeste desde Carolina y que llegaba casi hasta el Misisipi, y por la cual se comerciaba con los grupos chickasaws y creeks—, en el mapa de 1718 Guillaume Delisle representó *en su lugar* tanto las principales exploraciones *francesas* de la región —desde la década de 1680 hasta 1718— como la ruta de Hernando de Soto, y omitió cualquier señal de actividad inglesa en el interior (Ilustración 7). La ruta de De Soto es notablemente similar a la que apareció en el mapa de 1696 (*pièce* 130), que reflejaba de manera tan clara el texto de Garcilaso, aun cuando la vuelta por el este se simplificara para hacerla concordar con las ideas que Delisle tenía en ese momento sobre la cadena sur de los montes Apalaches. Para 1718 los Delisle conocían muy bien la costa del golfo; ya habían empezado a reconocer la parte norte de la bahía de Mobile y también la ubicación de Mabila, sin duda influidos por la presencia de los indígenas de la etnia mobile, con quienes los franceses se encontraron al norte de la bahía. A pesar de los cambios aportados por estos nuevos contactos y exploraciones, la ruta como un todo siguió reflejando los conceptos de geografía de Garcilaso. Los grupos étnicos están retratados y ubicados tal como los conocieron los exploradores franceses en 1718, y como se los identificó en las fuentes del siglo XVI. Por lo menos en el caso de los chickasaws, Guillaume los sitúa

¹⁷ Delanglez muestra cómo el mapa de 1703, así como la mayor parte de los bocetos mencionados antes, eran sobre todo fruto del trabajo de Claude, con asistencia de su hijo Guillaume.

¹⁸ Delisle, Guillaume. «Carte de la Louisiane et du Cours du Mississipi...».

¹⁹ Para conocer las actividades cartográficas de Le Maire y observar buenas reproducciones de sus mapas, véase Jackson *et al.* 1990. Aparentemente, estos mapas fueron remitidos a los Delisle por el abate Jean Bobé (Dawson: 110-115).



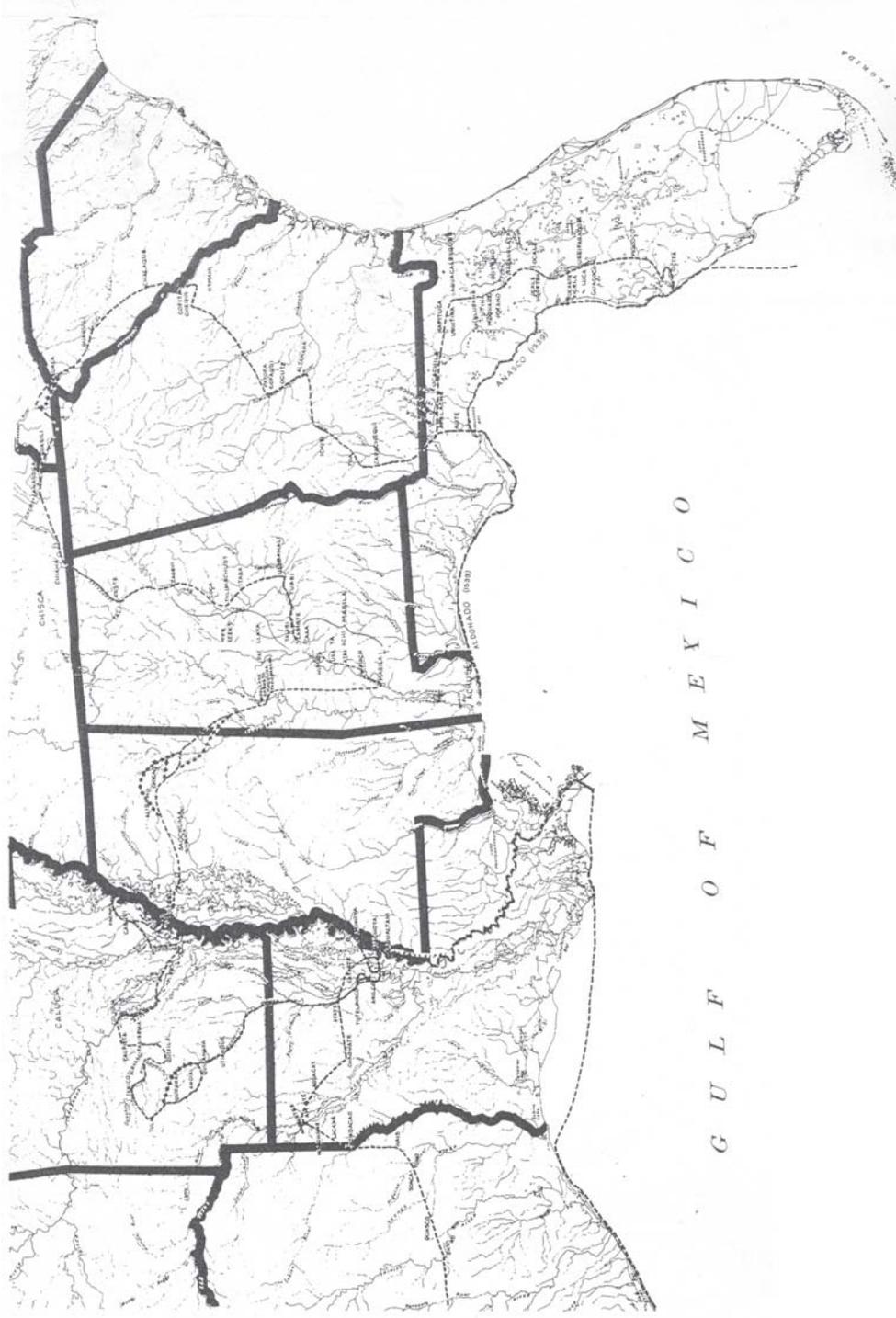
7. Delisle, Carte de la Louisiane et du cours du Mississippi dressée sur un grand nombre de mémoires entrant sur ceux de Mr. Le Maire par Guillaume Del'isle del Academie R'le des Sciences, 1718. Cortesía del Mississippi Department of Archives and History.

originalmente en un punto de la ruta distinto del que se encontraban en el siglo XVIII; sin duda, confunde a los chicaza de la crónica de De Soto con los choctawan chickasawhays. Los Delisle representaron esta variada información usando tres símbolos distintos para los pueblos, de los cuales dos distinguían ubicaciones de grupos que habían sido «destruidos» o «perturbados». Resulta tentador especular que la inclusión de la ruta de De Soto en este mapa tenía como fin demostrar el daño causado por la incursión española en los pueblos nativos, para contrastarlo con las buenas relaciones que se reflejaban implícitamente entre estos y los exploradores franceses. El mapa de 1718 —no siempre bien recibido debido a sus connotaciones políticas— fue muy importante como una simple pieza de cartografía física, un *immutable mobile* desde cualquier punto de vista. Circuló ampliamente en Europa e influyó en toda la cartografía acerca de la región desde 1718 en adelante.²⁰

John Swanton y la etnografía del sudeste

La importancia del mapa de Delisle de 1718 fue tal que siguió influyendo en historiadores y etnógrafos hasta comienzos del siglo XX: a pesar de su temprana fecha, la representación hidrográfica era notablemente precisa. Para quienes deseaban conocer las ubicaciones más tempranas posibles de los grupos nativos durante el periodo colonial, este mapa resultaba muy persuasivo, aun cuando en el momento en que lo elaboraron los Delisle ya constituía un palimpsesto temporal, del cual ellos estaban muy conscientes. Cuando John Swanton, del Bureau of American Ethnology, lo utilizó para redactar su extenso trabajo sobre los indígenas del sudeste, lo consideró una recopilación temprana particularmente confiable en lo que se refiere a la ubicación de los grupos nativos a comienzos del siglo XVIII. Como Swanton y los etnógrafos de esa época consideraban que los grupos nativos habían cambiado poco durante siglos, este creyó que las ubicaciones que aparecían en el mapa eran las mismas que las de la época de la expedición de Hernando de Soto. Además, a pesar de que no consideraba fidedigna la crónica de Garcilaso, en la medida en que *no había visto los bosquejos anteriores y no conocía la fuente de los nombres de las etnias*, no tuvo manera de saber cómo la información de *La Florida del Inca*, tal como la articularon los Delisle, había influido en su reconstrucción de la ruta de De Soto. Conocía solamente el *immutable mobile* creado por los Delisle y publicado en 1718 y no tenía modo de reconstruirlo. Debido a esto, la versión de los Delisle de la ruta de De Soto en el mapa de 1718 —que descendía linealmente de las versiones de 1696 y de 1700, y a la vez dependía de las distancias y direcciones señaladas por Garcilaso— ejerció una poderosa influencia en el trazado que realizó Swanton de diferentes partes de la ruta (Ilustración 8), impreso en el informe de la U. S. De Soto Expedition Commission en 1939.

²⁰ Dawson (2000: 134-141) sugiere que el mapa jugó un papel importante en las negociaciones del tratado de Utrecht que se realizaban entonces y, después, en la guerra de sucesión española. Indica que a los ingleses no les agradó la inclusión de Carolina dentro de las fronteras de Luisiana como indicaba un anterior reclamo francés, reflejado, como hemos mencionado, en la representación del boceto *Nouvelle Suede*.



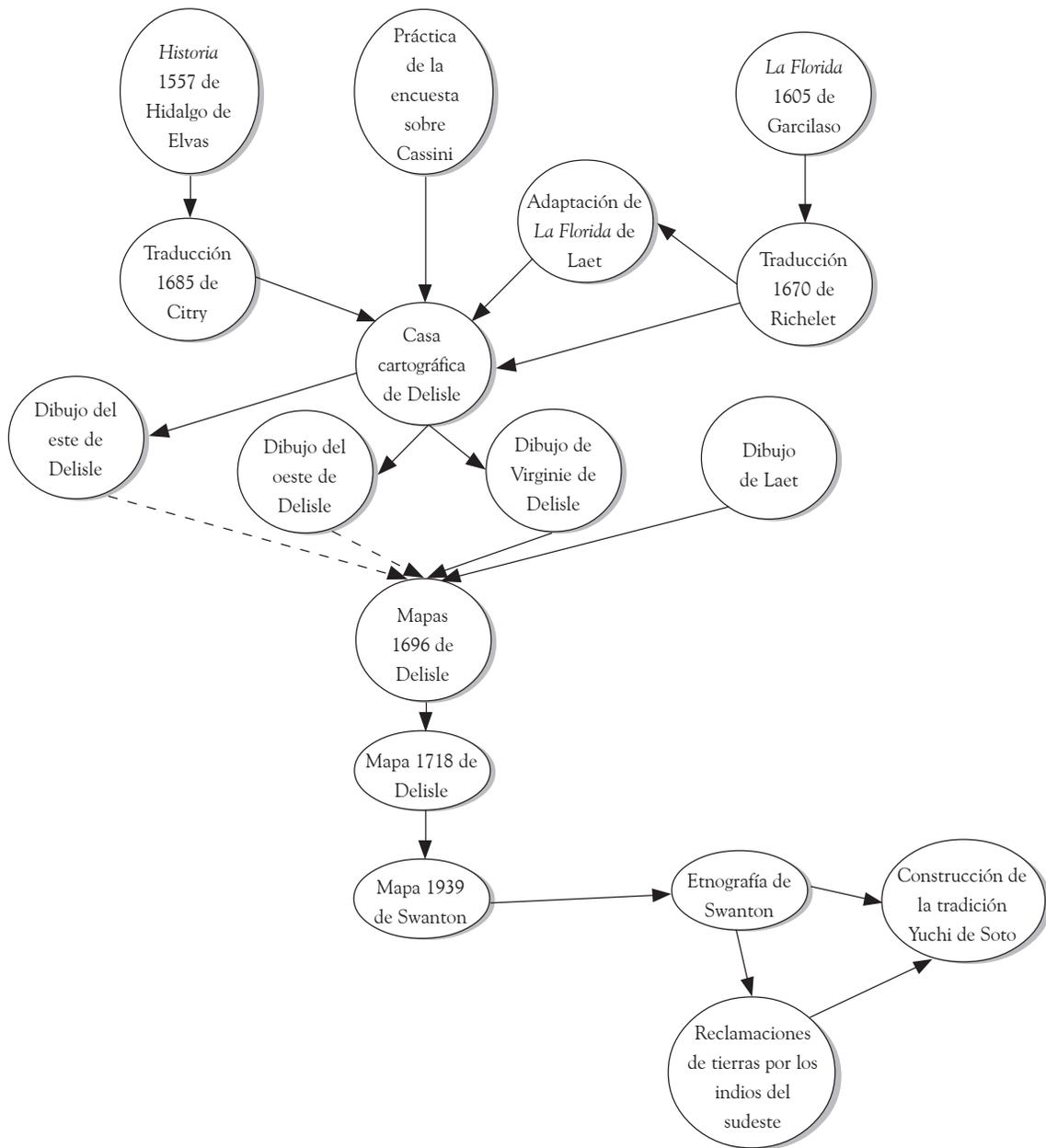
8. John R. Swanton. La ruta de Hernando de Soto y Luis de Moscoso según las investigaciones de la United States De Soto Expedition Commission. Swanton (1939: 348b-348c). Cortesía de National Anthropological Archives, Smithsonian Institution, colección 4465.

Como la versión de Swanton se convirtió en parte de su propio marco de comprensión de la geografía de los grupos nativos del sudeste, él utilizó algunas de las ubicaciones de estos grupos señaladas en el mapa para identificar a poblaciones nativas *vivas en su época* con los pueblos mencionados en los documentos tempranos de los exploradores.

John Swanton no solo fue el etnógrafo más importante de su época, sino que actualmente continúa ejerciendo una gran influencia. Ello se debe al extraordinario empeño que puso en su trabajo etnográfico acerca del sudeste, y particularmente por su recolección de testimonios de los ancianos nativos, cuyos recuerdos de sus antecesores se remontaban por lo menos hasta al siglo XVIII. Esta influencia no se limita al ámbito de los historiadores profesionales, arqueólogos y antropólogos. Las investigaciones de Swanton y otros tempranos etnógrafos se han aprovechado en reclamos de tierras realizados por las tribus indígenas para establecer —según las normas federales de Estados Unidos— la antigüedad tanto de su lugar de residencia como de su existencia corporativa. Además, las tempranas naciones de Norteamérica evidentemente han estado al tanto, desde hace mucho tiempo, del trabajo realizado por los etnógrafos y se han nutrido de este para preservar tradiciones que de otra manera estarían perdidas. Actualmente, ancianos de diferentes comunidades nativas consideran que, a partir de la lectura de la etnografía de comienzos del siglo XX sobre sus grupos, ellos recuperaron la oportunidad de escuchar a los más antiguos ancianos, a los hombres y mujeres que actuaron como informantes de los investigadores.

Me gustaría citar aquí un ejemplo contemporáneo de lo anterior, para así completar la cadena de influencia que va desde el Inca Garcilaso hasta las poblaciones nativas a quienes él defendió de manera tan elocuente. De nuevo, este vínculo se produce a través de los *immutable mobiles* de los mapas de Delisle y Swanton, además de la información sintetizada que este último publicó como conocimiento histórico. Todo ello se convirtió en «objeto límite» cuya influencia llegó a los miembros de una comunidad de práctica muy distinta: la de los yuchi especializados en sus propias tradiciones, y que ahora se dedican a crear fábulas educativas para los niños. A través de identificaciones realizadas por Swanton y el historiador Verner Crane —ambos influidos por los mapas del siglo XVIII de los Delisle, y cada uno aproximándose de maneras sutilmente distintas a la misma información—, a los yuchi se los asoció con la zona de Chisca de De Soto, en el valle del río Tennessee, donde supuestamente existían minas de oro. Sin nombrarla, Garcilaso se había referido indirectamente a esta zona al narrar, en *La Florida del Inca*, un viaje exploratorio que los expedicionarios de De Soto habían hecho partiendo de Chiaha, lugar donde encontraron únicamente bronce.²¹ Esta identificación tanto de la geografía como de la etnia realizada por Swanton sirvió como fundamento para que los actuales yuchi reclamaran como suyo este lugar.

²¹ Swanton identificó a los yuchi y los situó de manera concluyente en varios lugares, y así se evidencia en el *Final Report of the United States De Soto Expedition Commission* (Swanton 1939: 203). Para más referencias sobre los yuchi modernos de Oklahoma, véase el trabajo de Jackson (2003); para anteriores explicaciones sobre su identidad y localización, véase el artículo de Bauxar (1957: 279-301).



9. Diagrama que traza la construcción y la influencia del mapa de Norteamérica (1718) de Delisle.

Hoy en día, los ancianos yuchi de Oklahoma se esfuerzan en enseñarles a los niños las tradiciones de su pueblo. Por ejemplo, para explicar la antigüedad de un juego de pelota similar al *lacrosse* que aún se practica entre ellos, cuentan que este tradicional deporte yuchi se practicó en honor de Hernando de Soto, a quien el ejercicio le pareció extraordinariamente violento e impresionante (Jackson 2003: 23-26). Sin embargo, en ninguno de los relatos acerca de la expedición de De Soto, incluyendo el de Garcilaso, se afirma que el conquistador visitó personalmente a los yuchi; lo que se dice en estas crónicas es que, desde el lugar de descanso de su ejército en Chiaha, De Soto envió a dos representantes suyos a investigar el área. Ninguno de los cronistas menciona la práctica de un juego de pelota en este lugar. Este reclamo de antigüedad, entonces, es una expresión poética destinada a reafirmar la identidad yuchi y su temprana apreciación por parte de observadores foráneos. Entonces, para retener su identidad oficial y ser «reconocidos» por los regímenes modernos, los yuchi tuvieron que remontarse hasta el siglo XVI.

Podemos resumir señalando que la información que Garcilaso aporta acerca de la ruta de Hernando de Soto se conservó en forma de un *immutable mobile* correspondiente a un mapa particularmente fidedigno, creado en 1718 por Guillaume Delisle; este aprovechó fuentes españolas traducidas para que los franceses pudieran establecer, frente a Inglaterra y España, sus propios reclamos territoriales en el sudeste de Norteamérica —en La Florida—. La apreciación de John Swanton del trabajo de Delisle como «de carácter científico» lo llevó a adoptar —básicamente— la ruta de De Soto presentada en este mapa, a aceptarlo como un paquete de conocimiento inmutable, aun cuando en otras ocasiones rechazara la información de Garcilaso sobre la expedición. Swanton, a su vez, produjo un cuerpo de trabajo que se volvió un *objeto límite inmutable*, primero para la comunidad académica y después para el público en general —hoy en día aún permanece así para este último—. Mucho tiempo después de que los regímenes español, francés e inglés renunciaran a los reclamos coloniales que sostenían basándose tanto en la expedición de De Soto como en los mapas que la siguieron, los pueblos nativos cuya historia Garcilaso cuenta con tanta simpatía en su crónica floridana, continúan recibiendo la influencia de los *immutable mobiles* diseñados por cartógrafos franceses y etnógrafos estadounidenses (véase la ilustración 9 para una representación gráfica de esta influencia). A su vez, estos pueblos continúan valiéndose de la información y aprovechando las implicancias de *La Florida del Inca* para construir identidades vivas y actualizadas.